



MANUEL LECUONA (URCHALLE)

URCHALLE



Ha fallecido en Rentería, á los 73 años de edad, este clásico pelotari, figura de las más salientes en la historia del noble y viril juego euskaro en los mejores tiempos de éste.

Admiremos la semblanza que trazó de él hace pocos años, nuestro inolvidable Peña y Goñi, en los siguientes párrafos:

«Era Manuel Lecuona, el famoso *Urchalle*, Mañuel, como le llamamos cariñosamente todos, confitero de oficio, pelotari por vocación, cartero de Rentería hace 34 años.

Melchor, Arroško y Urchalle son tres nombres que evocan en mí los recuerdos de la primera juventud; representan los antiguos partidos de pelota que la distancia agranda, jugados allá, en el cubo de San Sebastián, en aquella inmensa cripta que el derribo de las murallas convirtió en ameno jardín, bajo el cual yacen enterradas todas las ilusiones de la edad dichosa.

Allí ví jugar á Urchalle por primera vez, y recuerdo perfectamente su figura, sus ademanes, su viveza, que el gran jugador conserva intactos hoy al través de los años.

Nació Manuel Lecuona el 14 de Octubre de 1828, en Oyarzun, en la casería llamada de *Urchalle*, de donde le vino ese apodo que había de popularizar en las provincias bascongadas el famoso pelotari.

Hasta la edad de catorce años «anduvo en la escuela», como decimos por allí, y mandáronle luego sus padres á Tolosa, donde entró de aprendiz en una confitería.

El trinquete era entonces en la antigua capital de Guipúzcoa el juego que se cultivaba con predilección, por lo cual Urchalle miró más á los frailes que á los confites, y se hizo más diestro en el manejo del guante que en las manipulaciones del azucar.

Dos años llevaba apenas en aquel ejercicio, y de tal manera llamaba ya la atención, que el cortador de Oyarzun, habiendo oído decir que un francés jugaría á trinquete, en San Juan de Luz, mil francos contra un trinetista español de su edad, aceptó el desafío y cerró el partido, eligiendo como contrincante del francés á Urchalle.

Tenía el francés dieciseis años y Manuel quince cumplidos. Aceptó aquél, jugóse el partido á once juegos, y los hizo Urchalle dejando en uno al francés.

Este fué el debut de Manuel Lecuona. Dos años más pasó en Tolosa, de aprendiz de confitero, transcurridos los cuales, volvió á Oyarzun á casa de sus padres, que lo dedicaron á hacer azucarillos, bizcochos y chocolate.

Corría entonces el año 1845, y era, puede decirse, la edad de oro del antiguo juego de Pelota, la época de los grandes desafíos, nabarros contra guipuzcoanos, franceses contra españoles, aquellas justas admirables que sobresaltaban los ánimos y alborocaban á toda la región.

Urchalle trabajaba por las mañanas en su oficio; por las tardes dedicábase á jugar, y lo hacía con la pasión, con el entusiasmo que despertaba en aquel tiempo en todos los bascongados y nabarros el juego de pelota á trinquete, á rebote y á largo.

A los diecisiete años de edad jugó Urchalle el primer partido á largo, y desde entonces no descansó; dominó todos los juegos, y lanzóse en una vida aventurera de peregrinaciones sin fin, asombrando con su maestría á franceses, bascongados y nabarros, tan pronto en Baigorri, Biarritz, San Juan de Luz, Hasparren, Urruña, Bayona, San Juan Pie de Puerto, Behobia y Ascain, como en Santesteban, Vera, Lesaca, Tafalla, Pamplona y Lecumberri, como en San Sebastián, Oyarzun, Fuenterrabía, Irún, Tolosa, Azpeitia, Zarauz, Hernani, Rentería, Orio y Durango.

Jugó á largo, á rebote y á trinquete; lució sus habilidades en la capital de Guipúzcoa, en el juego de pelota de las fortificaciones, en la Plaza de Toros y en el campo de maniobras; llamáronle de todas partes para inaugurar plazas y jugar en las fiestas populares, y acudió siempre con su entusiasmo característico; con su inagotable buen humor.

Y así luchó, vencedor á veces, otras vencido, contra Gamio, Iribarren, Zenón y Aspiroz, contra Santo Domingo y el Zurdo de Hernani; contra el Chiquito de Azpeitia y contra el célebre Mathieu Borotra,

natural de Haetz (Francia), el mejor jugador de bolea á punta, después del Molinero de Mauleón.

La vida de Urchalle es una red de aventuras; las anécdotas á él referentes ocuparían varios libros; nosotros, sus paisanos, conocemos muchas que, sobre todo contadas por Lecuona, tienen saladisimo interés.

Una de ellas pinta al jugador y al hombre de cuerpo entero, por lo cual voy á relatarla con alguna extensión.

El año 1851, en el mes de Junio, ganó Urchalle, con dos compañeros más, un partido á rebote que se jugó ante los emperadores, en Biarritz, contra cuatro franceses, partido que tuvo gran resonancia y dió mucho que hablar á los pelotaris y aficionados de Francia y de España.

Llegó el mes de Julio y, pocos días antes de San Fermín, marchóse Urchalle con varios amigos á Pamplona con el fin de asistir á las fiestas y tratar de organizar y jugar algunos partidos.

Ocho días llevaban en Pamplona sin poder lograr el último propósito, cuando, una mañana, hallándose Urchalle y sus amigos tomando café en el Café Español, acercóseles un señor elegantemente vestido, con larga levita y sombrero de copa blanco, quien, dirigiéndose á Manuel Lecuona, le preguntó:

—¿Conque Vds. son los héroes de Biarritz?

—Señor—contestó Urchalle,—somos sencillamente los que hemos ganado en la plaza de Biarritz un partido á rebote contra cuatro franceses.

—Pues aquí donde usted me ve—repuso el de la levita larga, con acento si es no es socarrón,—tengo muchas ganas de jugar á la pelota á blé, y no lo hago porque no tengo contrarios.

—Lo mismo nos pasa á nosotros—dijo enseguida Urchalle,—que queremos jugar un partido á rebote en el Juego Nuevo, y no hallamos contrincantes.

Entonces el de la levita y sombrero de copa metió la mano en uno de los bolsillos traseros de la levita, sacó de él dos pelotas. y presentándoselas á Manuel, le dijo:

—Yo jugaría un partido á pala, contra los dos mejores de ustedes, á guante.

Urchalle cogió inmediatamente las dos pelotas.

—¿Me deja usted media hora para probarlas?

—Con mucho gusto.

—Pues voy al Juego Nuevo y vuelvo á dar á usted una contestación, en cuanto pruebe las pelotas. Tenga usted la bondad de esperarme en este Café.

Salió Urchalle, verificó la prueba y volvió poco tiempo después.

—Queda el partido aceptado—dijo al desconocido.—¿Querrá usted jugar mucho dinero?

—¡Psch! Por vía de diversión, jugaremos, si le parece á usted, mil duros.

—Hecho—contestó Urchalle.—Dentro de un par de horas estaremos en la plaza.

El desconocido era el célebre Ocón, el palista invencible, uno de los jugadores más célebres de Nabarra, en aquel tiempo.

Lecuona no tenía, puede decirse, un cuarto, y los bolsillos de sus amigos se hallaban tan exhaustos como los de Urchalle; pero éste, que jamás ha conocido apuros, salió en demanda de un amigo de su padre, con el objeto de pedirle la cantidad, y tropezó providencialmente en la calle con un hermano de Manuel, que tenía negocios en Nabarra y se dirigía á Roncesvalles.

—¿Qué te ocurre?—preguntó á Urchalle, al verle algo azorado.

—Que me han desafiado á la pelota y no tengo dinero.

—¿Cuánto te hace falta?.

—Mil duros.

—Yo dispongo de ellos en casa de Pancho, en la Rochapea. Toma esta carta orden, cóbralos, y adiós.

No hubo más. El uno siguió á Roncesvalles; el otro cobró los mil duros y se fué al Juego Nuevo, que estaba lleno de bote en bote.

La noticia del partido había cundido en seguida por la población y despertado el interés que puede suponerse, tratándose del invencible palista Ocón contra dos jóvenes bascos completamente desconocidos.

Urchalle había elegido por compañero á Ignacio Echeverría, de Oyarzun, como él, y en quien tenía la mayor confianza.

La inmensa mayoría del público gritaba las traviesas con un momio grandísimo á favor de Ocón. Así comenzó el partido, que se jugó á quince y juegos, á la usanza del largo y del rebote, en vez de los tantos que se usan en el blé.

Concertóse á nueve juegos, los mismos que hicieron Urchalle y

Echeverría antes de que Ocón lograra sacar uno. Una victoria colosal y mil duros de ganancia: tal fué el balance de la jornada.

Los amigos de Urchalle, ébrios de gozo al contemplar el resultado del partido, querían celebrarlo con una gran *juerga*.

Manuel, más avisado y oliendo la petición del desquite, se retiró á casa; hicieron todos lo mismo, aconsejados por Lecuona, descansaron tranquilamente durante la noche, y al día siguiente cumplíanse en efecto los presentimientos de Manuel.

En cuanto salieron de casa, se les acercó una colección de jóvenes tafalleses, entre los cuales iba Ocón. Dirigiéronse con aire arrogante á Urchalle, y le dijeron.

—Venimos á desafiar á ustedes, los gananciosos de ayer. Den ustedes un compañerito á Ocón y jugaremos mucho dinero.

—¿Compañerito?—contestó Urchalle.—Que tome el compañero que le dé la gana, el mejor que en Nabarra se encuentre, y jugaremos el dinero que ustedes quieran.

—¿Dos mil duros?

—Dos mil duros. No hay más que hablar.

Jugóse el partido, que resultó competidísimo, y lo ganó también Urchalle entre los vítores y los entusiastas aplausos del público.

Ahora viene el epílogo, mejor dicho, vienen los epílogos, porque no son uno, sino dos.

Manuel, que había ido á Pamplona poco menos que con la bolsa vacía, se encontró, de la noche á la mañana, con dos mil duros y la popularidad que supone el triunfo que alcanzó sobre Ocón.

Tenía Urchalle, además de la pasión de la pelota, la de las cartas; pasión, entendámonos, pero no vicio.

Jugaba al monte cuando tenía dinero, como jugaban en aquel tiempo los aficionados y los pelotaris, porque el monte era complemento consagrado del partido de pelota.

Si ganaba, todo iba bien; si perdía, como si tal cosa. Volvía á su casa, despachaba golosinas, jugaba á la pelota, y á vivir; jugador adorable, en suma, que se distraía en momentos dados apuntando ó tallando, como se distraen otros yendo á los toros ó á la ópera.

Terminado el segundo partido, hecha la cuenta de las ganancias y embolsados los dos mil duros, llegó la noche y jugó á la timba Manuel.

A las pocas horas los dos mil duros habían volado. Urchalle se le-

vantó de su asiento, salió de la «fatal estancia», agarró una guitarra, instrumento en cuyo manejo era maestro también, y, rodeado de numeroso público, púsose á cantar coplas en bascuence, que iba improvisando con facilidad, de la cual aún hace hoy alarde, alusivas á los dos mil duros que acababa de perder.

Y así pasó la noche, riéndose y haciendo reir á cuantos le escuchaban, hasta que amaneció Dios y Urchalle se marchó pacíficamente á su pueblo en el gran carruaje que usaba para tales casos: en el coche de San Francisco.

Aquí termina el primer epílogo; ahora viene el segundo.

Llegó al pueblo, al amanecer del día siguiente, abrió enseguida el establecimiento de confitería á cuyo frente estaba, y esperó.

—He perdido dos mil duros que se han marchado como el dinero del sacristán. Me encuentro sin un céntimo. Vamos á ver ahora si me estreno bien en la tienda y saco para desayunarme.

Esto pensaba Manuel, cuando se le presentó en la confitería una niña de tres ó cuatro años.

—¿Qué quieres, hija mía?—preguntóla Urchalle.

Y la niña contestó:

—¿Me hace usted el favor de un ochavo de caramelos?

¡Un ochavo de caramelos! Manuel lanzó al cielo una mirada indefinible, fijóse luego en la niña, y le dijo:

—Guárdate el ochavo, y apara el delantal.

La niña hizo lo que se la mandaba, y Urchalle, cogiendo un frasco lleno de caramelos, lo vació entero en el delantal de la niña, que salió disparada, loca de alegría, y desapareció por la calle á todo correr.

Este es Manuel Lecuona, el hombre y jugador de pelota, todo Urchalle en una pieza. Añadir una palabra sería supérfluo después de los hechos que acabo de relatar.»

Descanse en paz el honrado y típico euskalduna y reciba su hijo y buen amigo nuestro, Antero, el testimonio del pésame más sentido.

